

LA FABULOSA TABERNA
DE McSORLEY

TÍTULO ORIGINAL:

McSorley's Wonderful Saloon

© 1938, 1939, 1940, 1941, 1942,
1943, 1944, 1945, 1947, 1948,
1949, 1951, 1952, 1955, 1956,
1959, 1964, 1965, 1976, 1992,
Joseph Mitchell

© renovado, 1966, 1967, 1968, 1969, 1971,
1972, 1973, 1975, 1976, 1977,
1979, 1980, 1983, 1987, 1992,
Joseph Mitchell

© de la traducción, 2017, Marcelo Cohen,
Alejandro Gibert Abós
y Martín Schifino

© 2017, Jus, Libreros y Editores S. A. de C. V.
Donceles 66, Centro Histórico
C. P. 06010, Ciudad de México

La fabulosa taberna de McSorley
ISBN: 978-607-9409-68-5

Primera edición: marzo de 2017

Imagen de cubierta:
George Bellows, *Cliff Dwellers* (1913)

Diseño de interiores y composición: Sergi Gòdia

Todos los derechos reservados.
Queda prohibida la reproducción total o
parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento,
incluidos la reprografía, el tratamiento informático,
la copia o la grabación, sin la previa autorización
por escrito de los editores.

JOSEPH MITCHELL

LA FABULOSA TABERNA
DE McSORLEY

Y OTRAS HISTORIAS
DE NUEVA YORK

TRADUCCIÓN DE MARCELO COHEN,
ALEJANDRO GIBERT ABÓS
Y MARTÍN SCHIFINO

PREFACIO DE
ALEJANDRO GIBERT ABÓS

Jus

PREFACIO

Joseph Mitchell murió el 24 de mayo de 1996. Seguía siendo redactor del *New Yorker*, aunque llevaba más de treinta años sin dar a la imprenta una sola palabra. Cuentan que acudía a diario a la redacción de la calle 43 y se encerraba en su despacho para luchar con la página en blanco en la más estricta soledad. Su bloqueo era un tabú en las oficinas. Los sucesivos directores lo mantenían en plantilla porque les era inconcebible despedir al periodista más emblemático de la casa, que tanto había hecho para asentar el prestigio de la revista desde los tiempos de Harold Ross, su fundador. Los compañeros más veteranos, que le profesaban una mezcla de cariño y admiración sin límites, padecían viendo cómo se marchitaba en su inexplicable sequía creativa. Los recién llegados no se atrevían a molestar con sus preguntas a aquel reportero de aura legendaria cuyos artículos eran materia lectiva en sus carreras de Periodismo o Literatura; también ellos se habían encariñado con aquella figura discreta y cordial que parecía vivir en una época y una ciudad extintas. En una de las muchas necrológicas que el semanario neoyorquino le dedicó a su muerte, su colega Roger Angell escribe:

Cada mañana salía del ascensor con aire ensimismado, saludaba a quien se encontrara por el pasillo con una muda inclinación de cabeza y se recluía en su despacho, del que no asomaba hasta la hora del almuerzo, con su elegante sombrero de fieltro (de paja en verano) y una gabardina beige; al cabo de hora y media desandaba el camino y volvía a cerrar la puerta. Nunca se oía el repiqueteo de la máquina de escribir y la gente que entraba a verlo decía que en su escritorio sólo había lápiz y papel. Al terminar la jornada se iba de-

recho a casa. Alguna vez le oí soltar un breve suspiro en el ascensor nocturno, pero nunca se quejaba, nunca se explicaba.

A pesar de aquella formidable parálisis, que acabó siendo una de las más largas y célebres de la historia de las letras estadounidenses y llegó a eclipsar en parte sus méritos pasados, Mitchell no había tirado la toalla ni había perdido las formas, aquellos modales de caballero sureño que permanecían intactos desde el lejano día de octubre de 1929 en que llegó a Nueva York, justo a tiempo para presenciar el crac de la Bolsa que daría inicio a la Gran Depresión.

A los veintiún años y con los estudios universitarios inacabados, Mitchell llegaba dispuesto a comerse el mundo, empezando por aquel mundo quintaesenciado que era entonces la ciudad de Nueva York, la «Gran Puta de Babilonia y madre de todos los engendros» que pretendía salvar el reverendo Hall, a quien tardaría todavía algún tiempo en conocer. Rebotante de energía y dotado de un oído portentoso, un extraordinario dominio del idioma y una sensibilidad única para captar y reproducir sus múltiples variantes callejeras, no tardó en hacerse un hueco como reportero de sucesos y ecos de sociedad, articulista y corrector de estilo en las redacciones de periódicos ya desaparecidos como el *Morning World*, el *Herald Tribune* o el *World Telegram*. Como relata al principio de «Los cavernícolas», durante los años más crudos de la Depresión solían mandarlo a la calle en busca de dramas humanos con los que «dar brillo» a las primeras planas; muchos de sus reportajes eran cuadros más o menos patéticos de la miseria que asolaba la ciudad y el país. También cubría incendios, asesinatos y juicios tan sonados como el de Bruno Hauptmann, el hombre que secuestró y asesinó al hijo de Lindbergh. El joven Mitchell era un reportero eficiente que escribía bien y escribía rápido, pero si en algo descollaba era en su extraordinaria cordialidad. Sabía escuchar como nadie y poseía un don de gentes y un encanto natural que le per-

PREFACIO

mitían ganarse a cualquier interlocutor, ya fuera un personaje ilustre (en aquella época entrevistó a Fats Waller, George Bernard Shaw y Albert Einstein, entre otros) o un pobre de solemnidad, un fenómeno de circo, un bohemio del Village o un pescador de ostras. Su especialidad y su pasión, en cualquier caso, eran los *ear-benders*, como él llamaba a los charlatanes redomados, los que hablaban como descosidos hasta doblarle a uno las orejas. La expresión le inspiraría el título de su primera colección de reportajes, *My Ears Are Bent*, que apareció en 1938, cuando aún trabajaba en el *World Telegram*. Y a un ritmo de vértigo, por lo que contaba en el prólogo:

Un día llegué a la redacción a las nueve y me mandaron a entrevistar a un albañil italiano que, según decían, era clavadito al príncipe de Gales; alguien nos había informado por teléfono de que le habían ofrecido trabajo en Hollywood. Cuando di con él estaba reparando el horno en el sótano de una panadería judía del East Side y me enzarqué en una agria discusión con el dueño, que me había tomado por un inspector de Salud Pública. Al final conseguí hablar con el albañil, que no me contó mucho de su vida porque temía que lo demandaran. «Esa gente de *Olywood* me lleva *in tribunale*», se lamentaba una y otra vez. Al volver a la oficina escribí la noticia y salí enseguida para entrevistar a una boxeadora que vivía en el Hotel St. Moritz. La muchacha tenía todo el equipo pugilístico imaginable en su habitación, que olía a sudor y cuero húmedo como el vestuario del gimnasio de Jack O'Brien en un día de lluvia. Según me dijo, además de boxeadora era condesa. Luego se calzó los guantes para enseñarme cómo las gastaba y si no llego a esconderme debajo de la cama me noquea ahí mismo. «¡Soy una apisonadora!», gritaba. Al salir volví a la redacción para escribir el artículo y cuando terminé fui a entrevistar a Samuel J. Burger, que acababa de llamar para contarnos que vendía sus cucarachas de carreras a miembros de la alta sociedad, a setenta y cinco centavos la pareja.

Ese mismo año comenzó a colaborar en el *New Yorker*, donde publicaría lo más valioso de su obra periodística antes de

PREFACIO

enmudecer y languidecer en aquel cargo honorífico de redactor vitalicio. En 1939, su año más productivo, llegó a firmar trece perfiles relativamente extensos, muchos de los cuales se recogen en *La fabulosa taberna de McSorley*, que apareció cuatro años más tarde.

En el *New Yorker* sus intereses fueron polarizándose; dejó de entrevistar a las personas que le resultaban más cargantes («las damas de sociedad, los magnates industriales, los escritores distinguidos, los políticos, los exploradores, los actores de cine —exceptuando a W. C. Fields y Stepin Fetchit— y cualquier actriz menor de treinta y cinco años») y se dedicó casi por entero al hombre de la calle. En una ciudad como Nueva York, donde tan tentador es alzar la mirada, Mitchell prefería mantener la suya a ras de suelo, dirigirla hacia los ciudadanos anónimos que habían hecho posible la construcción de aquellos rascacielos y a menudo se veían catapultados hacia los márgenes por una maquinaria feroz. Campaba ahora por sus crónicas una variada fauna de «bohemios, visionarios, obsesos, impostores, fanáticos, crápulas, reinas y reyes gitanos», pero el espíritu ligero que animaba sus artículos en la prensa diaria había desaparecido para dar paso a un humor «de cementerio». Su voz era más madura y comenzaba a proyectar una sombra de tristeza incluso en sus personajes más festivos. Mitchell había encontrado por fin su estilo.

Al comparar los reportajes del *New Yorker* con los escritos hasta entonces se diría que Mitchell ha dado un paso atrás. Su proximidad como interlocutor sigue siendo esencial, y salta a la vista que es él quien pone el oído y firma el relato, pero como cronista se ha ido apartando del objeto de sus crónicas. Esa nueva distancia nos remite a una imagen del *Retrato del artista adolescente* que a buen seguro Mitchell conocía de memoria, siendo como era un lector compulsivo de Joyce desde su juventud (a los ochenta años confesaba, con comprensible sonrojo, haber leído el *Finnegan's Wake* media docena de veces): «El artista, como el Dios de la creación, per-

PREFACIO

manece dentro, o detrás, o más allá, o por encima de su obra, trasfundido, evaporado de la existencia... indiferente... entretenido en arreglarse las uñas». Cuesta imaginar a Mitchell arreglándose las uñas con desdén o adoptando cualquier otra pose de divina indiferencia, pero la distancia sí es palpable. Rara vez habla de sí mismo y, aunque hay textos algo más personales, en la mayoría sus juicios y sentimientos se reducen a la mínima expresión; y cuando afloran, responden a propósitos estrictamente narrativos. De otro modo se oculta modesta y obstinadamente tras las reacciones y diálogos de los protagonistas.

Es una ocultación problemática, todo hay que decirlo, porque muchas de sus historias se presentan como crónicas o perfiles verídicos y el lector sabe que Mitchell presencié muchas de las situaciones que describe, que estuvo allí tomando notas. Y aunque en algunas historias aparece como un hombre de carne y hueso, con algo más de entidad, su ausencia persistente acaba por despertar la curiosidad del lector. ¿Qué parte de la conversación nos han escamoteado?, se pregunta uno al leer ciertos diálogos. ¿Quién sería y qué diría el interlocutor de tantos y tan variopintos personajes? ¿Quién era Joseph Mitchell?

Testimonios no nos faltan. Sabemos que era un hombre apuesto con una fotogenia evidente de la que su mujer, fotógrafa de oficio, sacó partido en múltiples ocasiones. Su indumentaria, siempre impecable, casaba a la perfección con sus delicadas maneras. Al parecer tenía un habla muy característica, que un amigo y admirador suyo definía como «un tartamudeo de extraordinaria coherencia». Si el tema le interesaba, Mitchell no acababa jamás una frase «antes de que la siguiente [...] se le desprendiera de la cabeza». Sabemos también que era un hombre religioso. Durante algún tiempo fue sacristán en la Grace Episcopal Church de Broadway. Sus amigos y allegados, sin embargo, no se ponen de acuerdo con respecto a su religiosidad. Por lo visto, era más proclive a en-

PREFACIO

salzar el *Book of Common Prayer* por la calidad de su prosa que a suspender su incredulidad sobre algunos dogmas del credo protestante. Sabemos, por último, que tuvo problemas con el alcohol y durante muchos años observó la más rigurosa abstinencia.

Curiosamente, o no tanto, la biografía de Mitchell es más visible en sus relatos de ficción. De sus largos años de abstinencia forzosa da testimonio el relato «En dique seco»; el narrador que vuelve a Nueva York en «No me cabía en la cabeza» halla también su reflejo en el propio Mitchell, que en 1931 se embarcó en un carguero que llevaba madera a Estados Unidos desde Leningrado; los tres relatos finales del condado de Black Ankle, destilados a partir de recuerdos de infancia, dan sobrada cuenta del agreste ambiente en que se crió.

Pero tal vez la forma más segura y grata de saber quién era Joseph Mitchell sea leer sus crónicas callejeras y preguntarse *con quién andaba*. Los retratos que escribe están siempre cargados de afecto; de hecho, es lícito imaginar que con varios de aquellos personajes tenía verdaderos lazos de amistad. Muchos críticos han creído identificar un rasgo de carácter en la afición de Mitchell por la gente estrafalaria, aunque es difícil discernir si esa afinidad era la causa o la consecuencia de su trato. En una entrevista que concedió al *Washington Post* en 1992 no acaba de despejar la incógnita: «Uno escoge a alguien tan afín que, en el fondo, acaba escribiendo sobre sí mismo. Joe Gould tuvo que irse de casa porque allí no encajaba, igual que yo me fui de la mía. Después de hablar con él durante tantos años, Joe Gould se convirtió un poco en mí, no sé si me explico». Esta última frase es ciertamente ambigua, también en inglés: *he became me in a way*. Uno no sabe si interpretar que con el correr del tiempo Gould fue adquiriendo rasgos de Mitchell, si el narrador Mitchell le fue endosando sus propios rasgos al personaje Gould o si se trataba más bien de una auténtica simbiosis: *Gould se convirtió un poco en mí y yo un poco en él*.

PREFACIO

Muchas veces se ha planteado la duda sobre las dosis de ficción que Mitchell puso en su obra periodística. En lo relativo a su calidad literaria es una cuestión del todo baladí, pero es preciso apuntarla aquí porque ha dado pie a bastantes polémicas y es además una pregunta lógica: sus personajes están tan logrados, son tan redondos en su especie, que uno tiende a dudar de su veracidad.

La distorsión es innegable, podría decirse incluso que está en la base de su obra. Cualquier historia contada incorpora, por el mero hecho de ser contada, elementos subjetivos y ficticios. La reordenación misma de la cronología impuesta por el flujo del relato supone ya una alteración de los hechos, cuya interpretación sería esencialmente distinta si se atuviera a la cronología real. Todo relato es un prisma que afea o embellece la realidad, pero que nunca deja de distorsionarla. Y eso es lo que sucede con Mitchell, ni más ni menos.

A esa deformación narrativa hay que añadir la asociada a la memoria, que tiene sus propios mecanismos para olvidar, falsear y reinventar el pasado. Muchas de las conversaciones y anécdotas que aparecen en estos reportajes serían difícilmente registrables en un bloc de notas o un magnetófono, con lo que hay que concluir que Mitchell componía cada escena elaborando sus recuerdos. Hasta qué punto compensaba las lagunas con fragmentos de su cosecha es materia para la especulación.

Sea como fuere, los protagonistas de sus semblanzas urbanas existían y, además, estaban vivos cuando se publicaron, de modo que Mitchell no podía apartarse demasiado de la realidad sin exponer su reputación o la del *New Yorker*. El propio Mitchell da fe del riesgo que corría en «Los cavernícolas» cuando una discrepancia de sesenta y tres centavos entre los hechos y su testimonio, fruto de un malentendido, se salda con una botella de ginebra hecha añicos contra la pared a escasos centímetros de su cabeza.

El ojo selectivo de Mitchell ha generado más entusiasmos que censuras, en todo caso. Desde su publicación, sus cróni-

PREFACIO

cas urbanas fueron aclamadas como obras maestras de un género híbrido que a mediados de los sesenta eclosionaría en obras como *A sangre fría*, de Truman Capote, y *El coqueto aerodinámico rocanrol color caramelo de ron*, de Tom Wolfe, por citar dos exponentes de la «novela testimonio» y el «nuevo periodismo», y tendría otros epígonos ilustres como Norman Mailer y Hunter S. Thompson. El uso periodístico de técnicas literarias propias de la ficción no era nuevo ni fue un hallazgo de Mitchell. Lillian Ross, cofundadora del *New Yorker*, y A. J. Liebling, colega de Mitchell y gran amigo suyo, llevaban muchos años empleando las mismas técnicas con notables resultados. Pero cuando se publicó este volumen nadie había logrado llevarlas tan lejos como él. No se trataba de confundir la realidad y la ficción, sino de plasmar lo real como si fuera ficticio, un arte espinoso que Mitchell cultivó con insuperable maestría.

Uno de los secretos de la obra de Mitchell es sin duda la empatía. Si su estilo resulta tan difícil de imitar es en parte porque requiere un interlocutor capaz de *prestar oído*, de ser *todo oídos* como él lo era. Por más que una fracción de sus crónicas fuera de su cosecha, la base real existía. De hecho, es probable que sólo transcribiera una mínima parte de lo que aquellos personajes le contaban y que hubiera de pasar incontables horas sometido al martirio de sus confesiones y sus diatribas, de sus recuerdos, sus ilusiones y sus lamentos. Mitchell era un confesionario andante y ése es un oficio para el que se nace. Leer la confesión ya filtrada es para nosotros una bendición, pero recibirla en bruto sería a menudo un tormento que, sin embargo, nunca se percibe.

Lo más extraordinario es que esa empatía permanece y sigue viva para el lector, que la experimenta como una forma de nostalgia. Porque hay un sentimiento común que subyace a todas estas crónicas, un hilo conductor que las recorre y estructura: el duelo recurrente por los tiempos que se fueron y no volverán. Es ahí, en esa añoranza, donde la identificación

PREFACIO

con Mitchell es completa. De ahí deriva la conexión casi automática entre el autor y el lector, tan característica de su obra.

No se trata sólo de que estos reportajes nos remitan fugazmente a unos tiempos pasados e irrecuperables, como podría hacer cualquier foto en sepia. Sucede, además, que su tema mismo es la melancolía porque nos conducen a un pasado que se enrosca en otro pasado aún más remoto. Ese encabalgamiento de nostalgias resulta especialmente manifiesto en «La fabulosa taberna de McSorley», la crónica que encabeza y da título a esta colección: Joseph Mitchell pisó por primera vez el local en 1940, hace casi ochenta años. Pero esa taberna tenía ya entonces ochenta y seis años de historia. Y nos enteramos, para colmo, de que su primer dueño era también un nostálgico de tomo y lomo que forraba las paredes con antiguallas y viejos recortes de prensa. Y así, tirando del hilo, llegamos a una portada amarillenta del *Times* londinense fechada el 22 de junio de 1815 donde se alude, en una esquina, a una batalla librada en las proximidades de Waterloo...

La fabulosa taberna de McSorley es, por encima de todo, un monumento a la nostalgia, a una retahíla de nostalgias que se añoran sucesivamente. Como lector, es casi inevitable sentirse un eslabón más de esa cadena y concluir, con Peter de Vries, que «la nostalgia ya no es lo que era».

Joseph Mitchell era un nostálgico impenitente. Lo era ya de joven, cuando comenzó a escribir en Nueva York, lejos de su tierra, y lo sería en grado extremo de mayor, a medida que desconectaba de un presente cada día más ajeno para instalarse sin remedio en el ayer. En 2015 el *New Yorker* publicó un escrito póstumo de Mitchell extraído de unas memorias (o de una novela autobiográfica, no está muy claro) que nunca llegó a terminar. Se titula «El lugar de los pasados» y empieza así:

En el otoño de 1968, sin darme cuenta cabal de lo que me estaba sucediendo, comencé a vivir en el pasado. Hoy, cuando me paro a pensar en ello y voy sumando los años transcurridos desde enton-

ces, me parece increíble: llevo más de veinte años viviendo en el pasado. Lo que quiero decir es que vivo en él la mayor parte del tiempo, tanto como me es humanamente posible.

Antes de proseguir debo aclarar que eso de «vivir en el pasado» no acaba de parecerme una expresión satisfactoria: podría dar a entender que me he convertido en una especie de anacoreta amargado. El caso es que no se me ocurre otra forma de decirlo.

En el otoño de 1968, cuando se instaló definitivamente en el pasado, Mitchell tenía sesenta años y llevaba tres sin publicar una sola línea. Su última obra, *El secreto de Joe Gould*, que retomaba la historia de «El profesor Gaviota» tras la muerte de su protagonista, había aparecido en 1965. De haber sabido que le quedaban tres largos decenios de erial literario habría podido pensar que su impotencia era una maldición ultraterrena del propio Gould, que se vengaba así de él por haber desvelado su secreto.

Según relata en el mismo escrito, por aquel entonces «acababa de pasar lo que cabría describir como un periodo depresivo». En lo que hace a esa depresión y a su lucha contra la página en blanco, Janet Groth, antigua colega y confidente suya, comentaba hace poco lo sintomática que le parecía la pasión de Mitchell por «La madriguera», el oscurísimo relato de Kafka sobre un roedor atrapado en un laberinto de túneles subterráneos de los que no puede ni quiere escapar. Las similitudes son tan palmarias que asustan: el roedor ya no es joven y vive en la más absoluta soledad, una soledad que sobrelleva con relativa entereza pese a sus sueños esporádicos de establecer alguna clase de contacto con el exterior; es un animal sumamente lúcido, de una lucidez que raya en la paranoia, y dotado de una extraordinaria sensibilidad que llena de sobresaltos el mundo subterráneo donde habita; es un ser laborioso entregado a una tarea inaplazable: la reparación, ampliación y custodia de su obra, una intrincada guarida que rara vez puede admirar desde fuera.

PREFACIO

La madriguera de Mitchell era más luminosa, sin duda, pero tenía su buena ración de amargura. «No consigo acabar nada —confesaba cumplidos los ochenta años—. El mundo se ha convertido en un lugar pavoroso que ya no tolera la clase de escritura que yo hacía.» Se imponían entonces las estridencias de los años ochenta y la ciudad que amaba, la ciudad a la que había consagrado buena parte de su vida, le resultaba irreconocible. Él mismo se había convertido en una reliquia, un anciano con un sombrero anacrónico a quien nadie prestaba ya mucha atención. Es posible que la publicación en 1992 de su antología *Up in the Old Hotel*, y el reconocimiento que le reportó después de un ostracismo tan prolongado, llevara un poco de luz a sus últimos años. Esperamos de corazón que así fuera.

SOBRE ESTE LIBRO

La fabulosa taberna de McSorley se publicó por vez primera en 1943. Los reportajes, perfiles y relatos que reúne habían aparecido en el *New Yorker*, aunque alguno sufrió leves cambios al editarse en forma de libro. En 1992, la editorial estadounidense Pantheon los incluyó en la antología *Up in the Old Hotel*; en esa nueva edición (de la que hemos partido), Mitchell añadió siete piezas, cuatro de la misma época («El club de los sordomudos», «Santa Claus Smith», «La rubia angelical» y «No me cabía en la cabeza») y tres posteriores («Pasma y espasmo», «Indios de las alturas» y «Las gitanas»). También recuperó «El profesor Gaviota», que en 1965 se había publicado en *El secreto de Joe Gould* junto con la crónica homónima que volvía sobre los pasos del bohemio ya difunto. Debemos expresar aquí nuestro agradecimiento a la editorial Anagrama y a Marcelo Cohen por permitirnos incluir su traducción en este volumen.

El libro está dividido en tres partes. Los veinte textos que integran la primera son reportajes periodísticos. Los cua-

PREFACIO

tro de la segunda son relatos cortos de índole autobiográfica. Los tres últimos son narraciones ambientadas en el imaginario condado de Black Ankle, una recreación burlona (casi una parodia) de Robeson, en Carolina del Norte, condado donde la familia Mitchell tenía una plantación de tabaco y algodón.

A. G. A.

PRIMERA PARTE

LA FABULOSA TABERNA DE McSORLEY

McSorley's ocupa la planta baja de un edificio de ladrillo en el número 15 de la calle 7, justo al lado de Cooper Square, donde termina el Bowery. Abrió en 1854 y es la taberna más antigua de Nueva York. En ochenta y ocho años ha tenido cuatro dueños (un inmigrante irlandés, su hijo, un policía retirado y la hija de éste) y todos ellos se han negado a hacer reformas. El local dispone de electricidad, pero la barra sigue obstinadamente iluminada por dos lámparas de gas que, cuando alguien entra de la calle, centellean arrojando sombras oscilantes sobre el techo bajo y telarañoso. No hay caja registradora. Las monedas se dejan en cuencos de sopa (uno para las de cinco centavos, otro para las de diez, otro para las de veinticinco y otro para las de cincuenta) y los billetes se guardan en una caja de palisandro. Allí reina la calma: los camareros nunca hacen un movimiento superfluo, los clientes miman sus jarras de cerveza y los tres relojes de pared llevan muchos años en franco desacuerdo. La clientela es variopinta. Hay mecánicos de los muchos talleres del barrio, vendedores de las tiendas de suministros para hostelería de Cooper Square, camioneros de los almacenes Wanamaker's, médicos de Bellevue, estudiantes de Cooper Union y dependientes de las librerías de lance que hay al norte de Astor Place. El auténtico pilar de la parroquia, sin embargo, es un grupo cada vez más mermado de viejos cascarrabias, irlandeses en su mayoría, que llevan bebiendo allí desde sus años mozos y ahora se sienten dueños del lugar. Algunos viven de pensiones miserables y están solos en el mundo; duermen en los hoteluchos del Bowery y pasan en la taberna buena parte de sus horas diurnas. Entre estos veteranos, unos pocos recuerdan perfecta-

LA FABULOSA TABERNA DE MCSORLEY

mente al viejo McSorley, el fundador, que murió en 1910 a los ochenta y siete años. Lo llaman «viejo John» y les gusta sentarse a hablar de él mientras mascan las boquillas de sus pipas en los sillones desvencijados que rodean la estufa panzuda que caldea la habitación.

El viejo John era un tipo muy peculiar. Generalmente era afable, pero pasaba por inexplicables rachas de hosquedad durante las cuales se negaba a responder cuando le dirigían la palabra. Se quedó calvo muy joven y antes de cumplir los cuarenta comenzó a lucir unas patillas patriarcales y asilvestradas. De él se conservan muchas fotografías y es evidente que poseía una buena dosis de dignidad sin ostentaciones. Para la taberna tomó como modelo una tasca de su ciudad natal: Omagh, la capital del condado irlandés de Tyrone. Inicialmente la llamó The Old House at Home (La vieja taberna de mi tierra), pero en 1908 el viento arrancó el rótulo y cuando encargó uno nuevo le cambió el nombre por el de McSorley's Old Ale House (Vieja cervecería McSorley's, que sigue siendo la denominación oficial del bar; sus clientes lo llaman siempre McSorley's a secas. Al viejo John le parecía imposible que un hombre pudiera beber tranquilo en presencia de mujeres; aunque el local dispone de un agradable cuarto trasero, durante muchos años hubo un cartel clavado en la puerta que decía:

AVISO: AQUÍ NO HAY
RESERVADO PARA SEÑORAS.

De hecho, la única clienta admitida en toda su historia fue una vendedora ambulante medio loca conocida como doña Recién Tostado cuyo marido, según contaba, había muerto durante la guerra de Cuba por el mordisco de un lagarto. Aquella mujer recorrió las tabernas del Lower East Side durante dos generaciones vendiendo los cacahuets que llevaba en su delantal. Cuando apretaba el calor, el viejo John le ponía una cerveza, y ella le tomó tanto cariño que le bordó una ban-

LA FABULOSA TABERNA DE MCSORLEY

derita americana y se la regaló un 4 de Julio; él la hizo enmarcar y la colgó en la pared sobre el grifo de la cerveza. Allí se ha quedado. Cuando cualquier otra mujer entraba en el local, el viejo John salía corriendo de la barra, hacía una reverencia y le decía: «Me disculparé, señora, pero no servimos a las damas». Si la mujer insistía, el viejo John la agarraba por el codo y la conducía hasta la puerta. «No me provoque, señora —le decía—. Váyase de aquí enseguida o me verá obligado a olvidar que estoy tratando con una dama.» El procedimiento sigue vigente casi al pie de la letra.

En sus tiempos, el viejo John despachaba a los trabajadores irlandeses y alemanes que poblaban el barrio (carpinteros, curtidores, albañiles, matarifes, camioneros y cerveceros). Por cinco centavos la unidad les vendía cerveza en jarras de peltre con un invariable y gratuito refrigerio de galletas saladas, queso y cebolla cruda; los clientes actuales suelen comentar que ahí siguen los restos del queso ofrecido la noche inaugural de 1854. Junto a las bandejas tenía un tarro lleno de tabaco y un estante con pipas de arcilla o de mazorca. La compra de una cerveza daba derecho a fumar una pipa a cuenta de la casa. El estante aún conserva algunas de aquellas pipas comunitarias. El viejo John administraba bien su patrimonio y a los diez años de abrir la taberna había ahorrado lo bastante para comprar todo el edificio, que tiene cinco pisos y aloja a ocho familias. Desconfiaba de los bancos y guardaba su dinero en una caja fuerte de hierro; la caja sigue allí, en el cuarto trasero, pero las bisagras han cedido y sólo contiene un montón de licencias caducadas y algunas reliquias, entre ellas la navaja de afeitar del fundador. El viejo John vivía con su familia en el piso de arriba y se levantaba todos los días a las cinco de la mañana para dar un buen paseo antes de desayunar sin importarle el tiempo que hiciera. Abría a las siete, barría la taberna él mismo y esparcía serrín por el suelo. Hasta que se vio demasiado débil para conducir su tálburi tuvo un caballo y una cabra en una cuadra que había junto a St. Mark's Pla-

LA FABULOSA TABERNA DE MCSORLEY

ce. Los dos animales compartían establo porque, como muchos enamorados de los caballos, pensaba que éstos necesitan compañía nocturna. Por la tarde, un mozo le dejaba el caballo sujeto a un atadero colocado frente la taberna y en sus ratos libres salía a la calle con el mandil puesto para cepillar a su montura. Cuando querían ser atendidos, los clientes golpeaban el ventanal y el viejo John dejaba la almohaza, corría adentro para poner la cerveza y volvía enseguida junto a su caballo. Los domingos participaba en las carreras de carros ligeros que se organizaban en las avenidas de la zona alta.

El viejo John bebió regularmente entre los veinte y los cincuenta y cinco, pero en los últimos treinta y dos años de su vida no probó ni gota porque, según explicaba, ya había tenido más que suficiente. Salvo por un par de meses de prueba en 1905 o 1906, McSorley's nunca ha servido licores; su fundador afirmaba que no había nacido aún el hombre que necesitara algo más fuerte que una buena cerveza templada sobre una estufa. El viejo John era de buen comer. Por la noche, antes de cerrar el local, solía zamparse un chuleton de kilo y pico; lo asaba en una pala de carbón que sostenía sobre las brasas de roble de la chimenea. Le encantaba quitarle la miga a un corrusco de pan francés, embutirle una cebolla cruda y comérselo como si fuera una manzana. Era un insaciable devorador de cebollas, cuanto más fuertes mejor, y decía que «buena cerveza, cebolla cruda y ninguna señora» era la divisa de su establecimiento. En invierno presidía cada mes un festín carnívoro a cuenta de la casa y ya en su vejez llegó a encabezar una asociación de glotones conocida como Club del Pepinillo, el Bistec, el Béisbol y el Marisco del Honorable John McSorley que organizaba pícnic de almejas asadas a la piedra en una arboleda de North Brother Island, en el East River. De las paredes cuelgan varias fotos tomadas durante esas excursiones y en casi todas aparecen los socios acucillados en torno a un barril de cerveza; salvo el presidente, todos muestran lánguidas sonrisas beodas y miradas estupe-

LA FABULOSA TABERNA DE MCSORLEY

factas. El viejo John tenía un bajo acústico con el que acompañaba a su coro de borrachines. Sus canciones favoritas eran «Muldoon, the Solid Man», «Swim Out, You're Over Your Head», «Maggie Murphy's Home» y «Since the Soup House Moved Away». Eran canciones de Harrigan y Hart, conocidos entonces como «los Gilbert y Sullivan de Estados Unidos». El viejo John les tenía un respeto inmenso y se alegró muchísimo cuando, en 1882, el dúo cómico convirtió su taberna en el escenario de una de sus comedias; se titulaba *La inflación de McSorley*.

Aunque de adulator no tenía un pelo, el viejo John conocía a muchos prohombres. Uno de sus mejores amigos era Peter Cooper, presidente de la Compañía Norteamericana de Telégrafos y fundador de la Universidad Cooper Union, que tiene su sede a media manzana de la taberna. En sus últimos años, el señor Cooper pasaba tantas tardes en el cuarto trasero filosofando junto a los trabajadores que acabaron por otorgarle un sillón particular equipado con un cojín de goma hinchable. (El sillón sigue ahí y durante muchos años se cubría con un paño negro el 4 de abril para conmemorar su muerte, acaecida tal día de 1883.) Como otros habituales, el señor Cooper tenía una jarra propia que llevaba su nombre grabado con un punzón. Donó a la taberna un retrato suyo de tamaño natural que está colgado sobre la chimenea del cuarto trasero. Es un ornamento muy apropiado porque, desde el comienzo de la Ley Seca hasta hoy, McSorley's ha sido la taberna oficial de los estudiantes de Cooper Union. Alguno se pone a veces sentimental, se planta ante el retrato y brinda por el señor Cooper.

El viejo John tenía una pasión extraordinaria por los objetos de recuerdo. Durante años guardó los huesos de la suerte de los pavos de Navidad y Acción de Gracias y los fue colgando en la vara que sostiene las lámparas de gas; esos huesos polvorientos son, infaliblemente, lo primero que intriga a los no iniciados. Un novicio ofendió hace poco a los camare-

LA FABULOSA TABERNA DE MCSORLEY

ros preguntándoles si «al abuelo le iba el vudú». El viejo John decoró el tabique que separa la barra del cuarto trasero con menús de banquetes, autógrafos, estrellas de mar, programas teatrales, carteles electorales y herraduras de caballos de carreras o de tiro. Sobre la puerta colgó una cachiporra y un letrero que dice:

COMPÓRTESE O LÁRGUESE.

En una de las paredes puso fotos de caballos, barcos de vapor, peces gordos de Tammany Hall,¹ *jockeys*, actores, cantantes y estadistas. Hacia 1902 colgó tres excelentes retratos de Lincoln, Garfield y McKinley; en la base del pesado marco de roble clavó una placa metálica con la leyenda

A ESTOS GIGANTES LOS ASESINARON
PERROS RABIOSOS.

En la misma pared colocó primeras planas de viejos periódicos: una, del *Times* de Londres del 22 de junio de 1815, contiene en la esquina inferior derecha un párrafo dedicado al comienzo de la batalla de Waterloo; en otra, del *Herald* de Nueva York del 15 de abril de 1865, hay una columna sobre el asesinato de Lincoln. Forró otra pared con grabados. Uno es un retrato de Garfield en su lecho de muerte. Otro se titula «El gran combate» y representa la pelea sin guantes que enfrentó a Tom Hyer y Yankee Sullivan en 1849. Se celebró en Still Pond Heights, Maryland, y la ganó Hyer en dieciséis asaltos; obtuvo un premio de diez mil dólares. Los jueces llevaban sombreros de copa. La leyenda de otro grabado dice: «La Hermandad Revolucionaria Irlandesa rescata al coronel Thomas J. Kelly y al capitán Timothy Deacy de las ga-

¹ Grupo de presión del Partido Demócrata, muy influyente durante buena parte del siglo XIX y principios del XX. (*Todas las notas son de los traductores.*)

LA FABULOSA TABERNA DE MCSORLEY

rras del gobierno inglés en Mánchester, Inglaterra, el 18 de septiembre de 1867». También hay una copia de la Proclamación de Emancipación y, como era de esperar, un facsímil de la licencia concedida a Lincoln para abrir una taberna en New Salem, Illinois. Un grabado de George Washington con sus generales cuelga de esa misma pared junto a otro de una sesión del Gran Parlamento de Irlanda. El viejo John acabó por revestir con cuadros y recuerdos hasta el último centímetro cuadrado de pared entre el friso de madera y el techo del local. Las piezas se conservan en buen estado, pero muchas están totalmente cubiertas de telarañas. Los clientes noveles se encaraman a sillas y se pasan horas estudiándolas.

Aunque el viejo John no se jubiló oficialmente hasta pocos años antes de morir, hacia 1890 dejó de acudir todos los días a la taberna y puso a su hijo William al frente de la barra. Bill McSorley era un hombre extremadamente circunspecto. Había heredado toda la acritud de su padre y bien poca de su cordialidad. El viejo John no era precisamente un borrachín, pero su hijo llevó la abstinencia a su máxima expresión: no bebía más que té y agua del grifo, y se jactaba de ello. Mascaba algo de tabaco, pero nada más. Era tan solemne que antes de cumplir los treinta ya se había ganado el apodo de «viejo Bill». Idolatraba a su padre, pero nadie percibió la magnitud de aquella adoración hasta la muerte del viejo John. Al volver del funeral Bill cerró la taberna, subió a su casa, cerró todos los postigos y tardó casi una semana en salir. Finalmente, un domingo por la mañana, desolado y silencioso, bajó a la taberna armado con un martillo y un destornillador y se pasó todo el día fijando concienzudamente a la pared los cuadros y recuerdos de su padre; hasta aquel día muchos pendían de cordeles, de cualquier manera, y los parroquianos tenían la manía de descolgarlos. Luego le encargó a un profesor de arte de la Cooper Union que pintase un retrato al óleo del viejo John a partir de una fotografía. Lo colgó justo detrás de la barra y puso encima una lamparita eléctrica que mantuvo

LA FABULOSA TABERNA DE McSORLEY

siempre encendida, una muestra de devoción que aún se respeta hoy en día.

A lo largo de su vida, el principal cometido de Bill fue conservar la taberna exactamente como había sido en tiempos de su padre. Cuando había que alterar o reparar algo, el cambio parecía dolerle en las carnes. El techo del local llevaba veinte años combándose peligrosamente. Un carpintero amigo no dejaba de advertirle que estaba a punto de venirse abajo; en 1933, finalmente, le dijo al carpintero que podía subir a apuntalarlo. Mientras el hombre trabajaba, Bill se sentó a una de las mesas del cuarto trasero con las manos en las sienes: estaba tan afligido que no pudo probar bocado en varios días. Ese mismo año, la pintura del techo, oscurecida por el humo y las telarañas, comenzó a desconcharse y caer al suelo. Como los clientes se quejaban y le decían que no querían morir asfixiados por las cascarillas de pintura que aterrizaban en sus jarras de cerveza, aceptó repintarlo a regañadientes. En 1925 tuvo que cambiar las jarras de peltre por otras de barro porque los cazadores de recuerdos habían robado casi todas las viejas. Ese mismo año se instaló en el cuarto de atrás un teléfono de pago al que Bill nunca quiso responder. Aquellos fueron los únicos cambios de peso que consintió. De vez en cuando, uno de los cuadros que había colgado su padre se caía y el cristal se hacía añicos; entonces Bill rellenaba el hueco. Entre sus contribuciones destaca una serie de retratos de las primeras damas de Estados Unidos que llega hasta la primera mujer de Woodrow Wilson, un cartel de Barney Oldfield en un bólico de carreras rojo y un poema titulado «El hombre de la barra». Bill se lo sabía de memoria y le gustaban especialmente los últimos versos:

Quando lo vea llegar, san Pedro le abrirá las puertas enseguida,
pues sabe que el hombre de la barra ya vivió su infierno en esta vida.

En lo que respecta a los negocios, Bill era más bien anacrónico: odiaba a los vendedores y detestaba los bancos, las

LA FABULOSA TABERNA DE MCSORLEY

cajas registradoras y la contabilidad. Si la taberna se llenaba de gente cerraba temprano aduciendo que estaba «aturdido de tanta clientela». Los agentes de la fábrica de cerveza que abastecía a la taberna trataban a menudo de convencerle de que abriera una cuenta corriente, pero él porfiaba en pagar sus facturas en efectivo y, a poder ser, en calderilla. Contaba las monedas cuatro o cinco veces y se las tendía al repartidor en una bolsa de papel. Bill era un barman competente. De cerveza entendía: sabía tirarla y conservarla, y mantenía el grifo reluciente. Cuando hacía calor tenía la costumbre de enfriar las jarras en una cuba llena de hielo; aunque el cliente tardara un buen rato en beberse su cerveza, la jarra de barro enfriada la mantenía fresca. Salvo en los años de la Ley Seca, la potente cerveza que se sirve en McSorley's la ha suministrado siempre la cervecera Fidelio de la Primera Avenida, que se fundó dos años antes que la taberna. En 1934, Bill vendió a la fábrica los derechos para llamar a su cerveza McSorley's Cream Stock y le dio permiso para usar en la nueva etiqueta un retrato del viejo John enmarcado por la leyenda «La cerveza de la taberna McSorley's». Durante la Ley Seca, la cerveza se fabricaba clandestinamente en los barriles y tinas que tenía en el sótano de su casa un cervecero jubilado llamado Barney Kelly, que bajaba dos o tres veces por semana desde el Bronx. En aquella época había en la taberna un intenso olor a malta y lúpulo. La mercancía de Kelly era amarga y extraordinariamente fuerte, de modo que Bill solía rebajarla con cerveza de baja graduación. De hecho, durante la Prohibición Bill llamaba a su bebida «casicerveza», eufemismo que hacía las delicias de la parroquia. Una noche, un policía que conocía a Bill asomó la cabeza por la puerta y dijo: «Acabo de ver a un viejo discutiendo con un caballo aquí en la esquina. Le he preguntado qué había bebido y me ha dicho que “la casicerveza de McSorley”». En aquella época, Bill vendía la jarra a quince centavos y ofrecía dos por veinticinco. Hoy la jarra cuesta diez centavos.

LA FABULOSA TABERNA DE McSORLEY

Bill era grande y ancho de hombros, pero no irradiaba fortaleza; tenía los andares cansinos y el rostro demacrado y siempre daba la impresión de estar convaleciendo de alguna dolencia. Vestía trajes gris marengo y pajaritas negras; sus camisas, sin embargo, eran sorprendentemente llamativas, de seda y a rayas. Era muy corto de vista; como la taberna estaba siempre en penumbra y su convicción más firme era que no debía servirse alcohol a menores, a veces se quedaba mirando a un cliente de pequeña estatura acodado a la barra y le decía: «Aquí no vas a probar ni gota, crío. Vete a casa con tu madre, que estará preocupada». En cierta ocasión pasó un buen rato contemplando un rincón de la taberna y de pronto exclamó: «¡Saque el pie de la mesa, haga el favor!». Se lo decía a una sombra, porque no había nadie en la mesa del rincón. Podía ser muy grosero. Si estaba leyendo el periódico era capaz de ignorar olímpicamente a una barra entera de clientes sedientos. Si alguno se impacientaba y le exigía un trago, él alzaba la vista del periódico, furioso, y le decía unas cuantas lindezas con su voz aguda y nasal. Para la clientela sus modales no eran ofensivos, más bien constituían una fuente de diversión; todo el mundo encontraba a Bill la mar de gracioso. Pese a su mala disposición, lo cierto es que muchos clientes le tenían verdadero aprecio. Lo conocían desde su juventud y se habían acostumbrado a sus rarezas. Llegaban incluso a enorgullecerse de él con un punto de sorna, y cuando afirmaban que era el hombre más taciturno y agarrado del hemisferio occidental, lo hacían en tono jactancioso; cuanto más excéntrico se volvía, mayor era el respeto que les merecía. A veces, para regocijo de algún recién llegado, uno de sus viejos parroquianos le gritaba «¡Bill, déjame cincuenta pavos!» o «¡Eh, Bill, que las mortajas no llevan bolsillos!». La pulla suscitaba a menudo una escandalosa ristra de descalificaciones por parte del patrón. Entonces el parroquiano se volvía con orgullo hacia el recién llegado y le decía: «¿Lo ves?». Cuando se promulgó la Ley Seca, Bill se hizo el sueco y siguió abriendo

LA FABULOSA TABERNA DE MCSORLEY

las puertas de su taberna de par en par. No tenía una puerta con mirilla ni untaba a la policía para que hiciera la vista gorda, y aun así no hubo en su taberna ni una redada; había entre su clientela tantos políticos de Tammany Hall y suboficiales de policía que gozaba de inmunidad.

Bill no cerraba a una hora fija: echaba el candado cuando le entraba el sueño, cosa que solía suceder hacia las diez de la noche. Justo antes de cerrar reunía a toda la parroquia en la barra e invitaba a una ronda. Era la costumbre de su padre y él la observaba fielmente, aunque le doliera en el alma. Si los clientes tardaban en apurar el último trago, se ponía a toser con impaciencia, golpeaba la barra con los nudillos y decía: «¡Aligeren, señores míos! No tengo la obligación de quedarme aquí a contemplar como se aferran a sus bebidas». Cuando perdía por completo los estribos se ponía a brincar de un lado a otro lanzando aullidos lastimeros. Una noche de invierno de 1924, una feminista de Greenwich Village entró en la taberna disfrazada con unos pantalones, un abrigo de caballero y una gorra, mascando un puro entre los dientes. Pidió una cerveza, se la bebió, se quitó la gorra y dejó que su larga melena le cayera sobre los hombros. Luego tachó a Bill de cerdo machista, gritó alguna consigna sobre la igualdad de sexos y huyó corriendo. Cuando comprendió que acababa de servirle un trago a una mujer, Bill soltó un alarido a medio camino entre la queja y el mugido y comenzó a brincar de un lado a otro gritando: «¡Era una mujer! ¡Una condenada mujer!».

Bill estaba sordo o lo fingía; el ruido, sin embargo, le molestaba muchísimo. El sistema que ideó para mantener la taberna en calma fue muy propio de él. Compró una campana de camión de bomberos, como las que usan en las escuelas y en las fábricas, y la atornilló a la nevera de dos metros que había detrás de la barra. Si a algún borracho le daba por cantar o los viejos que se sentaban en torno a la estufa comenzaban a gritarse, corría a la campana y tiraba del cordel frenéticamente. La campana sigue en su sitio y se toca por norma a

LA FABULOSA TABERNA DE MCSORLEY

las doce menos cuarto, para advertir que se aproxima la hora del cierre; cuando suena los clientes se tapan las orejas. Bill era muy coherente en su aversión al ruido, ni siquiera le gustaba su propia voz. Era capaz de pasar días enteros sin pronunciar palabra, contestando a cualquier pregunta con bufidos o gruñidos. Un hombre que frecuentó la taberna durante dieciséis años dijo una vez que en todo aquel tiempo Bill le dijo un total de cinco palabras inteligibles: «La curiosidad mató al gato». Fue lo que le dijo cuando se interesó educadamente por la historia que se escondía tras un par de grilletes que colgaban de la pared. Más adelante se enteró de que se le había regalado al viejo John un cliente que había combatido en la guerra de Secesión y había estado preso en una prisión confederada de Andersonville, Georgia.

Bill podía tomarle a veces una simpatía inexplicable a algún cliente. Hacia 1911 comenzaron a recalar en la taberna varios pintores, entre ellos John Sloan, George Lux, Glenn O. Coleman y Stuart Davis. Eran todos buenos pintores, no se daban aires, y los trabajadores de la parroquia los aceptaron como a iguales. Una noche llegaron acompañados de Hippolyte Havel, el anarquista. Havel era un checo greñudo, miope y cortés, pero sus discursos solían acarrearle problemas con la policía. Hasta el propio Bill se sentía intrigado con él. «¿Cómo se gana la vida el tipo ese con pinta de chiflado?», le preguntó a uno de los pintores. Para curarse en salud, el pintor le aseguró que se dedicaba a la política, por así decirlo. A Havel le gustó el lugar y se convirtió en un habitual. Muchas noches, después de pronunciar una soflama en Union Square se iba corriendo a la taberna de McSorley. Para asombro de los viejos parroquianos, el checo se hizo muy amigo de Bill, que apoyaba a los demócratas de Tammany y era un reaccionario de tomo y lomo; nadie consiguió averiguar en qué se basaba su amistad. Bill llamaba Hippo al anarquista y llegaba a fiarle dos dólares; a algunos clientes de toda la vida no les fiaba ni un puro de cinco centavos. Bill te-

LA FABULOSA TABERNA DE MCSORLEY

nía una idea muy vaga de las tendencias políticas de Havel. Por la taberna se dejaba caer de vez en cuando Charles Francis Murphy, un pez gordo de Tammany Hall, y una vez Bill le dijo a Havel que pensaba recomendarle. «A lo mejor te pone en una de sus listas de espera», le dijo. El anarquista, convencido de que no había persona más abyecta que un mandamás de Tammany Hall, se limitó a sonreír y darle las gracias. Un día un capitán de policía se creyó en el deber de prevenir a Bill contra Havel.

—Mejor será que vigiles de cerca a ese chiflado melencólico —le dijo.

—¿Por qué? —preguntó Bill.

—Demonios, hombre —dijo el capitán de policía molesto por la pregunta—. ¡Si es un anarquista!

—Y yo —dijo Bill.

La amistad que unía a Bill y Havel era extraordinaria en todos los sentidos. Por lo general, Bill reservaba su amabilidad para los gatos. Llegó a tener dieciocho y en la taberna campaban por sus respetos. Les daba de comer hígado de toro en pepitoria y se ponían enormes. Cuando era hora de darles de comer Bill se ausentaba de la barra, por abarrotada que estuviera, y se ponía a aporrear una sartén de hojalata; un montón de gatos gordos salían trotando como leopardos de todos los rincones del local.

Bill había estado casado pero no tenía hijos. «Cuando me vaya al otro barrio, la taberna se viene conmigo», decía. Sin embargo, por algún motivo que nadie llegó a averiguar, en marzo de 1936 cambió de parecer y, para sorpresa de los clientes más veteranos, le vendió la taberna y el edificio entero a Daniel O'Connell, un viejo policía que desde el año 1900 pasaba casi todo su tiempo libre en una mesa del cuarto trasero. O'Connell se retiró del cuerpo dos días antes de comprar la taberna. Era la clase de persona de la que la gente suele decir: «Si no puede decir de ti nada bueno, tampoco dirá nada malo». Estaba casi tan orgulloso de las tradiciones de la ta-

LA FABULOSA TABERNA DE McSORLEY

berna como el propio Bill y le prometió de corazón que no haría ningún cambio: era una de las condiciones del trato. El día en que Bill firmó la venta de la taberna, su salud comenzó a decaer. Se instaló en casa de unos parientes que vivían en Queens. De tarde en tarde, cuando hacía bueno, aparecía por la taberna arrastrando los pies, viejo, cetrino y desencantado, y se sentaba en el sillón de Peter Cooper con las manos nudosas sobre el regazo. Podía pasarse horas allí sentado, contemplando el retrato del viejo John. Los habituales estaban seguros de que se estaba preparando para morir, pero cuando entraba en el bar le decían: «Se te ve más contento que unas pascuas, Billy», y cosas así. Se mostraba muy agradecido por aquella clase de comentarios. Apenas hablaba, pero una vez se volvió hacia un hombre que conocía desde hacía cuarenta años y le dijo:

—Los tiempos han cambiado, McNally.

—Tú lo has dicho, Bill.

Entonces, como si temiera haber pecado de sentimental, Bill tosió, escupió y dijo, como si tal cosa:

—El pan que a uno le venden hoy día no se lo comen ni los perros.

La noche del 21 de septiembre de 1938, apenas treinta y un meses después de servir su última cerveza, Bill murió mientras dormía. Según los cálculos de sus amigos, tenía setenta y seis años.

El policía retirado fue un patrón muy cordial. En lugar de echar a patadas a los borrachines pendencieros, como hacía Bill, les ofrecía una taza de café o un tazón de sopa para despejarlos. «Si alguien pierde los cabales por lo que yo le he dado de beber, no tengo derecho a echarle —dijo un día—. No voy a eludir mi responsabilidad.» O'Connell regentó la taberna durante menos de cuatro años. Murió en diciembre de 1939 y se la legó a una de sus hijas, Dorothy O'Connell Kirwan. La señora Kirwan, que era joven, pero muy respetuosa con las tradiciones, decidió permanecer en un segun-

LA FABULOSA TABERNA DE MCSORLEY

do plano. Los parroquianos tenían miedo de que renovara el local, pero no tardaron en darse cuenta de que sus temores eran infundados. «Sé perfectamente lo que mi padre pensaba de McSorley's y mientras yo sea quien manda aquí no habrá ningún cambio —dijo la señora Kirwan—. Ni siquiera voy a revocar la exclusión de la clientela femenina.» Ella misma no pisa la taberna más que los domingos después del cierre. Con todo, en sus primeros años cometió un desliz que dio pie a una pequeña crisis. Le costó mucho sobreponerse a su error, pero ha llegado a convencerse de que a la larga fue una bendición y considera aquel periodo una especie de frontera, la transición inevitable entre el pasado de la taberna, bajo la batuta del viejo John, el viejo Bill y su padre, y su presente. Es una historia que le encanta recordar.

«Cuando murió mi padre —cuenta— la taberna funcionó por pura inercia durante varios meses. Lo dejé todo en manos de los dos viejos camareros de mi padre, el de día y el de noche, pero para ellos la responsabilidad era excesiva y las cosas se fueron desmandando hasta que vi que había que encontrar a un encargado, alguien que se ocupara de la contabilidad y pagara las facturas, alguien que llevara las riendas, en fin. Cuanto más discurría, más convencida estaba de que la persona indicada para el puesto era un tío mío, Joe Hnida. Verá, yo me crié en una familia irlandesa que lleva varias generaciones viviendo en los viejos barrios irlandeses del oeste de Greenwich Village, entre bohemios y personajes estrambóticos de toda laya, y creía que en cuestiones de conducta humana sabía más que suficiente, pero no tardé mucho en comprender lo errada que iba. Joe Hnida es checo, no es un tío consanguíneo: es el marido de la hermana de mi padre. Trabajaba entonces para un servicio de limusinas especializado en bodas y funerales; era el supervisor de los choferes. Es un hombre amable, buena persona, trabajador y honrado. Así que le llamé y le pregunté si le apetecía ser el nuevo encargado de la taberna. Joe lo meditó y decidió que sí. Bueno, pues comenzó a trabajar un lu-

LA FABULOSA TABERNA DE MCSORLEY

nes por la mañana y antes de que llegara el domingo ya me estaban llamando varios parroquianos de toda la vida, viejos amigos de mi padre todos ellos, para quejarse del nuevo encargado. Lo que no había tenido en cuenta es que Joe es hombre de pocas palabras, de muy pocas. Vamos, que la cháchara no es lo suyo. Además, es un tipo muy suyo. Para colmo, y en esto creo que hasta él me daría la razón, su sentido del humor, si es que tiene alguno, es checo, y el sentido del humor checo es diametralmente opuesto al irlandés. El caso es que los viejos esos que se pasan todo el santo día sentados al fondo, junto a la pared, charlando y discutiendo de cualquier cosa, trataban de meter a Joe en la conversación, pero él nunca quería meter cuchara. Por lo que me dijo uno de ellos, como mucho te da los buenos días o te pregunta “¿Qué tal?” y luego responde sí o no, pero eso es todo lo que su conversación da de sí. Ni siquiera se digna hablar del tiempo. “Cuando está detrás de la barra”, me dijo otro, “le tira la cerveza al cliente de turno, toma su dinero, le da el cambio y se acabó. Nunca dice una palabra de más.” Hubo algunos parroquianos que le cogieron cierto cariño, pero eran los menos habladores. Gradualmente, muchos de los habituales se persuadieron de que Joe los tenía por un puñado de viejos pelmazos charlatanes y los miraba por encima del hombro, y para resarcirse comenzaron a burlarse de él a sus espaldas y a llamarlo “Ese estirado taxista de fiambres checoslovaco”. Yo me puse de su parte y traté de explicarles la clase de persona que era, para limar asperezas. “Al fin y al cabo”, les dije, “no es que Bill McSorley le diera mucho a la lengua. Por lo que me dijo mi padre, había días que nadie conseguía arrancarle una palabra.” No sirvió de nada. Bill McSorley no era la mejor comparación, además, porque era el dueño del lugar y tenía derecho de hacer lo que le viniera en gana; y aunque es posible que le trajera al fresco si seguías respirando o te ibas a la tumba, nunca daba la impresión de menospreciar a nadie. “Pero el nuevo aparece aquí como salido de la nada y ni siquiera está dispuesto a guardar

LA FABULOSA TABERNA DE MCSORLEY

las apariencias.” Eso me decían, día sí y día también. Pasaban las semanas y los meses y las cosas no se arreglaban. Hasta que un día el más viejo de los camareros, un hombre en quien confío ciegamente, me llamó y me dijo que había sucedido lo peor que podía suceder. “Te parecerá completamente ridículo, Dot”, me dijo, “pero los viejos se han enterado de que a Joe no le gusta la cerveza. Hasta ahora había conseguido ocultarlo, pero hace unos días se le escapó, y cuando los viejos comenzaron a buscarle las cosquillas se puso gallito y les dijo que no sólo le repugnaba el sabor de la cerveza, sino que ni siquiera le gusta como huele. Les dijo que a veces la peste aquella a cerveza le daba dolor de cabeza. Parece algo ridículo, ya lo ves, pero los viejos se comportan ahora como si hubieran destapado un escándalo de proporciones formidables. Y los conozco, no van a dejarlo correr tan fácilmente. Para colmo de males están todos muy sensibles y picajosos, el mal ambiente ha reabierto viejas heridas que parecían cicatrizadas y olvidadas y algunos viejos han dejado de dirigirse la palabra, aunque a veces no recuerdan exactamente el motivo por el que no se hablan, así que andan siempre evitándose pero se les ve bastante desorientados. Es un desastre.” Vi que tenía que hacer algo. Era responsabilidad mía. Fue entonces cuando pensé en mi marido, Harry Kirwan, que creció en un pueblo irlandés antiquísimo llamado Ballyragget, en Kilkenny. Ballyragget es famoso por su mercado y sus viejas tabernas. La madre de Harry se murió cuando era niño y él creció en casa de su abuela. Cuando aún iba a la escuela comenzó a trabajar en una vieja taberna llamada Staunton’s. De camino a la escuela paraba en la taberna y barría el suelo, y al volver se pasaba allí el resto de la tarde limpiando la cristalería, rellenando la estufa de carbón, haciendo recados y ayudando en lo que podía. Era un chico muy aplicado, siempre ha leído mucho. Su sueño era llegar a ser profesor en Irlanda, pero allí no podía costearse la educación, así que a los diecinueve años se embarcó hacia Estados Unidos y encontró un trabajo en una

LA FABULOSA TABERNA DE MCSORLEY

farmacéutica del Bronx. El día de nuestra boda, poco antes de la muerte de mi padre, era ya el jefe de contabilidad de la empresa. Aquella misma noche, cuando Harry llegó a casa, le dije: “Siéntate un momento, tengo que hablar contigo de algo muy serio”. Después de explicarle la situación añadí: “Harry, sé lo mucho que te gusta tu trabajo y me duele tener que perderte esto, pero ¿tú crees que podrías dejarlo y llevar la taberna?” “En primer lugar, Dot”, me contestó, lo recuerdo palabra por palabra, “mi trabajo no me gusta tanto, simulo que lo disfruto, pero en el fondo lo detesto. Y en segundo lugar, ¿cómo es que no se te había ocurrido proponérmelo hasta ahora? Dios santo, la de veces que te habré hablado de Staunton’s, la taberna donde trabajaba de crío allá en Ballyragget. Casi todos los clientes eran viejos gruñones y yo me llevaba con ellos de maravilla. No sólo me llevaba bien con ellos, además me lo pasaba en grande. Disfrutaba de verlos y de escucharlos. Eran como actores de teatro, sólo que la obra que representaban era real. Había unos cuantos falstaffs, seguro que no eran más que un puñado de viejos borrachines latosos salidos de algún callejón de Ballyragget, pero para mí eran verdaderos falstaffs. Y había también unos cuantos pistolas. Recuerdo a un viejo desconsolado que se sentaba en una silla del rincón a la vera de su Guinness y se pasaba horas y horas con la mirada perdida, farfullando alguna palabra para sí mismo de vez en cuando. Cada vez que me veía entrar decía: ‘Aquí está el rey Lear’. Había entre ellos buenísimas personas y había también sanguijuelas, sanguijuelas y parias y Judas, y no creo que el reparto de la taberna de McSorley sea tan distinto. En fin, cariño, que la respuesta es sí, por supuesto que sí, me encantaría probar suerte y ver cómo me las apaño.” El relevo no llevó mucho tiempo. A la mañana siguiente fui a casa de Joe Hnida, le expliqué el problema con franqueza y le pedí perdón por haberle metido en aquel lío; él me perdonó y volvió a su servicio de limusinas. Aquel mismo día Harry presentó su dimisión en su empresa del Bronx, y al cabo de dos semanas

LA FABULOSA TABERNA DE MCSORLEY

ya estaba trabajando en la taberna. Comenzó un lunes, me acuerdo perfectamente. Yo estaba muerta de angustia, preguntándome si habría vuelto a meter la pata, y a media tarde llamé a la taberna para hablar con él. “Todo va como una seda, Dot”, me dijo Harry. “Lo estoy disfrutando de lo lindo, es como si hubiera regresado al hogar, es como estar de vuelta en Ballyragget.” Aquella noche, sólo abrir la puerta de casa, me dijo sonriente: “Cariño, creo que por fin he encontrado mi sitio en este mundo”.»

Al igual que el viejo John, el viejo Bill, su suegro y su mujer, Harry Kirwan se opone terminantemente al cambio. Desde que administra la taberna sólo ha hecho una alteración de orden pecuniario que llegaba con años de retraso: les dio un aumento a Eddie Mullins y Joe Martoccio, los viejos camareros, y al cocinero Mike Boiko, que es de origen ucraniano. También le subió el sueldo a Tommy Kelly, que se derrumbó y se echó a llorar cuando se lo comunicó. Tommy Kelly es quizá el miembro más importante del personal de la taberna, pero sus funciones son tan variopintas que los viejos lo llaman Kelly el Hombre Orquesta. Cuando llega la hora punta se viste de mozo y lleva las cervezas a las mesas, asiendo dos jarras en cada mano. Cuando el barman se tiene que ausentar, él ocupa su lugar. Y de vez en cuando se acerca a la carnicería o al colmado para comprarle algo a Mike. Es Kelly quien contesta al teléfono, y en invierno se encarga además de mantener vivo el fuego de la estufa. Cuando se presenta en la taberna, a las ocho y media de la mañana, no es más que un tipo resacoso de ojos tristes, pero hacia el mediodía la cerveza tibia le ha conferido a su porte cierta majestad; a las seis de la tarde está de tan buen humor que se apuesta junto a la puerta y les da la mano a los recién llegados como si fuera el dueño del garito. Algunos clientes novatos creen de hecho que es el dueño y lo tratan de señor McSorley. Kelly cuenta que antes de recalar en la taberna tuvo una larga sucesión de trabajitos raros. «Y cuando digo raros —añade—, digo raros.»

LA FABULOSA TABERNA DE MCSORLEY

Durante una temporada fue el guardián nocturno de una importante funeraria de Brooklyn, y lo dejó porque un cadáver se puso a hablar con él. «Me pasaba toda la noche en la recepción y tenía siempre una petaca de ginebra en el bolsillo del abrigo —cuenta—, así que no paraba de ir a la trastienda, donde había colgado el abrigo, para darle un sorbo a la petaca, no un buen trago sino un sorbito de nada, lo justo para poder aguantar toda la noche, pero para llegar a la trastienda había que atravesar la sala donde guardaban los ataúdes con sus muertos, y una noche tuve que pasar junto a un ataúd abierto con su cadáver dentro, un hombre vestido y acicalado, preparado para el funeral de la mañana siguiente. Debí de pasar a su lado una docena de veces, arriba y abajo, y en un momento dado se puso a decirme cosas cuando pasaba a su lado. Y hablaba bien clarito, no crea: “Quítese la gorra”, me decía, “y tire ese puro, vacíe esa petaca y apague la maldita radio”.»

Al devoto de McSorley's, los demás bares neoyorquinos le parecen lugares encorsetados e inquietantes. En McSorley's uno puede relajarse. Para empezar es una taberna sombría, y la oscuridad favorece el reposo. El pulso casi cardíaco y apenas audible de los viejos carillones también relaja. Y allí se percibe un olor fuerte y rancio que es como un bálsamo para los nervios crispados, un compuesto peculiar de olores a serrín de pino, cerveza derramada, tabaco de pipa, humo de carbón y cebollas. Un médico de Bellevue dijo una vez que para tratar ciertos trastornos mentales el tufo de McSorley's daría mejores resultados que el psicoanálisis, los calmantes o las plegarias.

La taberna está abarrotada a mediodía. A primera hora de la tarde es un remanso de paz. Hacia las seis se vuelve a llenar de hombres que salen del trabajo. De noche suelen aparecer unos cuantos buscadores de curiosidades. Los toleran si se comportan y no hacen demasiadas preguntas. Muchos de estos curiosos conocen el lugar por las pinturas de John Sloan. Entre 1912 y 1930, Sloan pintó cinco cuadros sumamente detallados de la taberna: *La barra de McSorley's*, óleo

LA FABULOSA TABERNA DE MCSORLEY

donde aparece el viejo Bill oficiando junto al grifo de cerveza y que se exhibe en el Instituto de Bellas Artes de Detroit; *El cuarto trasero de McSorley's*, donde se ve a un viejo trabajador sentado junto a una ventana al atardecer con las manos sobre el regazo y la jarra de peltre sobre la mesa; *El bogar de McSorley's*, protagonizado por un corro de viejos parroquianos discutiendo acaloradamente en torno a la estufa; *Los gatos de McSorley's*, donde Bill se dispone a dar de comer a su manada de gatos; y *McSorley's, sábado noche*, pintado durante la Ley Seca, donde aparece Bill sirviendo jarras de cerveza a una multitud de alegres bebedores. Cada vez que alguno de estos cuadros se exhibe en una muestra o se reproduce en un periódico o una revista, una nueva hornada de curiosos acude en masa a la taberna. *La barra de McSorley's*, que apareció en el *Florilegio de obras maestras del arte* de Thomas Craven, publicado en 1939, atrajo a centenares de lectores. La de McSorley ha sido inmortalizada en muchas más pinturas que ninguna otra taberna del país, de eso no cabe duda. Louis Bouché la pintó en un óleo titulado *McSorley's* que es patrimonio de la Universidad de Nebraska. *Una mañana en la barra de McSorley's*, obra de un sobrecargo de la marina mercante llamado Ben Rosen, se llevó en febrero de 1943 el primer premio de una exposición de pinturas realizadas por marinos profesionales. Reginald March hizo también multitud de bocetos de la taberna. En 1939 se organizó una retrospectiva de Sloan en la galería de arte de Wanamaker's y varios clientes de la taberna fueron a visitarla. Uno de ellos preguntó cuánto costaba *Los gatos de McSorley's*. «Tres mil dólares», le dijo un empleado. El hombre pensó que trataba de tomarle el pelo y aún está indignado. A Kelly le gustan los cuadros de Sloan, pero su cuadro favorito es el desnudo de una mujer corpulenta de piel dorada que el viejo John colgó en el cuarto trasero hace muchos años, junto al retrato de Peter Cooper. A los curiosos que llegan a la taberna atraídos por las pinturas de Sloan, Kelly les dice: «Escuche, amigo, si lo que quiere es arte

LA FABULOSA TABERNA DE MCSORLEY

del bueno, ande a echarle un vistazo a la señora en cueros del cuarto de atrás». La mujer está tumbada en un sofá jugando con un loro, es una copia de *La femme au perroquet* de Gustave Courbet realizada a buen seguro por algún alumno de la Cooper Union. Kelly le traduce siempre el título al curioso de turno. «En francés significa “La maja del lorito bonito”», le dice con aire de sabiondo.

La barra de McSorley's es corta, puede alojar diez codos a lo sumo, y está apuntalada con barras de hierro. Está entrando a mano derecha. A la izquierda hay varias butacas con el respaldo contra la pared. Están todas desvencijadas; cuando alojan a un hombre grueso, cada vez que su ocupante exhala el aire la madera cruje como unos zapatos nuevos. Los clientes son muy de sentarse; si hay una butaca libre es raro el que aguanta de pie junto a la barra. Entre las butacas y la barra hay unas cuantas mesas maltrechas, con los tableros pringosos de cerveza. Y en el centro se alza la estufa, que tiene la portezuela de mica y es idéntica a las de las estaciones elevadas del metro. Kelly la mantiene al rojo vivo todo el invierno. «El calor favorece la borrachera», asegura. Hay clientes que de hecho prefieren la cerveza caliente. Dejan la jarra sobre el fogón de la estufa y la sacan humeante como un café recién hecho. Junto a la estufa, en un cubo para el carbón, duerme una gata flemática llamada *Minnie*. El suelo de madera está comado y tiene algún que otro agujero, tapado con latas de sopa aplastadas. El cuarto trasero, que da a un patio ciego, dispone de tres grandes mesas redondas. En uno de los rincones se encuentra la cocina; Mike tiene siempre un biombo desplegado para ocultar los fogones; las cazuelas, sartenes y bolsas de la compra las guarda sobre la repisa de la chimenea. Cuando hay que pelar patatas se sienta en una de las mesas de enfrente, con la bandeja en el regazo, y charla con los clientes mientras las va mondando. La comida de McSorley's es sencilla, barata y francamente buena. Las especialidades de Mike son el gulasch, los frankfurts, el chucrut y las hamburguesas adereza-

LA FABULOSA TABERNA DE MCSORLEY

das con cebolla frita. Garabatea sus menús en una pizarra que cuelga junto a la barra y todos los días aparecen cuatro o cinco platos con faltas de ortografía. Para servir las mesas Mike se las apaña él solo. A la hora del almuerzo, si tiene demasiada faena para llevar los platos a sus comensales, ellos mismos agarran un plato y se sirven de las cazuelas que tiene en el fuego.

La taberna abre a las ocho. Mike barre el suelo por encima y esparce serrín nuevo. Repone el queso y la cebolla en las bandejas y llena un cuenco de huevos duros, que vende a cinco centavos la pieza. Kelly no tarda en aparecer. Luego llega el camión de la cerveza con el suministro del día. Y a media mañana comienzan a gotear los viejos. Kelly los llama «fijos». Casi todos son albañiles, oficinistas o tenderos jubilados que van a la taberna para no quedarse en casa. Algunos viven en el barrio, pero muchos vienen de lejos. Uno de ellos regentaba varios hoteles de mala muerte en el Bowery y viene desde Sheepshead Bay prácticamente a diario. Según cuentan, el día en que se jubiló anunció lo siguiente a sus camaradas: «Por poco que me alcancen los ahorros, no pienso pasar sobrio ni un minuto más de mi vida». Dice que bebe para olvidar la miseria soportada en sus hoteles. Debió de ver muchísima porque hay días en que despacha veinticinco jarras él solito, y la cerveza de McSorley's no es precisamente floja. A los viejos las bebidas se las sirve Kelly. Para ahorrarle trabajo suelen pedirle dos de vez. La mayoría son ancianos discretos y dignos, pero también los hay originales. Uno de ellos tuvo que esquivar a un coche en la Tercera Avenida hace años y aún se está quejando. Se pasa el día rezongando. Un día alguien le preguntó por qué rezongaba tanto.

—Estoy por comprarme una escopeta y salir a la Tercera Avenida a hacer tiro al blanco con esos automóviles —afirmó.

—¿Apuntarás a los neumáticos?

—¡De ningún modo! —añadió—: a los conductores. Creo que podré cargarme a cuatro o cinco antes de que me trinquen. Puede que a más, si la escopeta es de repetición.

LA FABULOSA TABERNA DE McSORLEY

Entre los viejos, hay muy pocos lo bastante interesados en el presente como para leer el periódico. Ésos suelen sentarse en la parte delantera, para aprovechar la poca luz que entra por las ventanas mugrientas. Cuando se cansan del periódico se quedan ahí sentados, contemplando el ir y venir de la gente por la calle 7, una de esas calles del East Side que ha caído bajo el dominio de la chiquillería. Los niños improvisan partidos de béisbol en las aceras y no dejan de alimentar grandes hogueras de cajas de embalar junto a las bocas de riego, donde a veces se asan unas patatas. Las bandejas del bufé de la taberna están siempre en un extremo de la barra, el más próximo a la puerta, y cada tarde hay algún crío que se cuela para coger un puñado de queso y aros de cebolla y después salir corriendo, dando un portazo. Es algo que siempre hace reír a los viejos parroquianos.

La estufa caldea el local en exceso y algunos viejos pueden pasar varias horas adormilados en sus butacas. Cuando uno se pone a roncar, Kelly se ve forzado a despertarlo. «Con el escándalo que está montando va a despertar a los muertos, abuelo», le dice. Una vez le picó la curiosidad y se puso a cronometrar el sueño de uno de aquellos durmientes. Al cabo de dos horas y cuarenta minutos se puso un poco nervioso («A lo mejor se ha muerto», dijo) y lo despertó de una sacudida.

—¿Hace mucho que duermo? —preguntó el hombre.

—Desde el desfile.

El hombre se frotó los ojos.

—¿Qué desfile? —preguntó.

—El de San Patricio, hace dos semanas —repuso Kelly burlón.

—¡Vaya! —dijo el hombre; luego exhaló un largo bostezo y se volvió a dormir.

Kelly siempre gasta bromas sobre la fidelidad de sus parroquianos.

—¡El viejo Ryan se habrá ido al otro barrio! —le dijo a Eddie una mañana.

LA FABULOSA TABERNA DE MCSORLEY

—¿Por qué lo dices? —preguntó Mullins.

—Hace una semana que no viene —dijo.

En verano los viejos se sientan en el cuarto trasero, que está fresco como una cripta, y en invierno se agencian las butacas que hay junto a la estufa y ahí se quedan, inmóviles como percebes, hasta las seis. Luego bostezan, se desperezan y van yéndose a sus casas protegidos de la terrible soledad de la vejez con una buena capa de cerveza. «Vaya usted con Dios», les dice Kelly a medida que abandonan el local.

(1940)